

La propia escritura

César Antonio Molina

En la Historia de la Literatura Universal hay grandes escritores de oficio pero muy pocos en los cuales la propia escritura se encarna como si ese personaje fuera la propia representación de la misma. Este es el caso de Mario Vargas Llosa. Un escritor a través del cual habla esa “Diosa blanca” tan difícil de ser poseídos por ella.

Cada una de sus novelas es una obra maestra y no hay apenas altibajos entre unas y otras. Fuertes, imaginativas, sin desprenderse del mundo que le ha tocado vivir y con un estilo siempre inconfundible. Pero si todo esto no fuera poco, Vargas Llosa es uno de los maestros y grandes ensayistas demostrando así que no sólo posee una intuición extraordinaria sino también un saber literario, cultural y político ingente. Muy pocos escritores han sabido explicar

tan bien la realidad de su tiempo como él, además de una manera libre e independiente. Y no solo tiene conocimiento de la amplísima literatura española sino también de la literatura de otras muchas lenguas que también habla y conoce. Vargas Llosa es de la estirpe de los escritores-periodistas o periodistas-escritores que han considerado a este género como un género literario también por excelencia.

Un gran escritor, un gran maestro de una generosidad extraordinaria que, además, siempre ha apoyado a nuestra lengua y nuestra cultura por todo el mundo dando testimonio de lo grande que somos los hispanoamericanos en el cultivo de las artes. Desde ahora, esta bandera que Mario Vargas Llosa ha desplegado siempre a lo largo del globo terráqueo es, si cabe, más grande, más alta y más visible.

Narrador compulsivo

José Miguel Oviedo

Nadie –ni siquiera él mismo– podía imaginar que al ganar el Biblioteca Breve con “La ciudad y los perros” (1963), Mario Vargas Llosa iniciaría una producción literaria cuya fecundidad, variedad –abarca la novela, el teatro, el ensayo, la crítica, el periodismo y otros géneros– son poco comunes, y que su obra narrativa alcanzaría una complejidad textual, estructural y verbal que lo distinguiría como uno de los novelistas más innovadores de nuestro tiempo.

Difundido en traducciones a decenas de lenguas, y constantemente reeditado, es una de las

figuras intelectuales más influyentes del mundo, no sólo eso: progresivamente, sobre todo a partir de la década de los 80, su presencia ha sido decisiva en el debate internacional sobre las grandes cuestiones de nuestro tiempo: la libertad, el sistema democrático, la intolerancia ideológica, los derechos de las minorías, la violencia geopolítica, los peligros del ultranacionalismo. Así, ha conjugado la figura de un compulsivo y riguroso creador de ficciones con la del vocero de ideas que constituyen una indeclinable defensa de los principios de la civilización y la moral de la tolerancia en un

* Los artículos que siguen, pertenecientes a César Antonio Molina, José Miguel Oviedo, Juan Ángel Juristo, Alvaro Vargas Llosa, Fernando Iwasaki, Jorge Edwards, Víctor García de la Concha, José María Aznar y Aitana Sánchez-Gijón, aparecieron originalmente en el Suplemento Cultura del diario ABC, de Madrid. Viernes 8-10-2010. Págs.57 a 74. Cortesía: Yolanda Pantigozo Layza.

*Quinceañero
Vargas Llosa en
la redacción del diario
La Crónica, años 50.*



mundo cada vez más irracional e intransigente. Todo es, sin duda, lo que la Academia Sueca ha tenido en cuenta al concederle el premio Nobel de literatura. Dar en síntesis una idea de las líneas maestras que sostienen el vasto universo creador de Vargas Llosa, es, a la vez, fácil y difícil. Fácil porque –aparte de bien conocidas– esas líneas se translucen y mantienen, pese a los grandes cambios sufridos, en el foco de su imaginación como profundas y persistente obsesiones que marcan sus historias: surgen de experiencias privadas, sociales e históricas que reflejan una relación siempre conflictiva o traumática con una realidad injusta y violenta. Difícil porque esas narraciones suelen alcanzar una proporción épica con un elevado registro de personajes, aventuras y ambientes que se despliegan como una red abigarrada a través de veloces desplazamientos espacio-temporales. El suyo es un mundo que aspira a la descomposición sinfónica, a la amplitud y la desmesura avasallantes, más que a la mera peripecia menuda e íntima, aunque éstas no están excluidas.

Sus historias nunca nos dejaban olvidar el mundo objetivo del que provenía y con el cual la ficción quería rivalizar en vastedad y variedad. Lo interesante y significativo es que, paradójicamente, sus relatos aspiran a una autonomía estética

que no los hace depender de esa conexión del mundo en el que vivimos, sino de su validez como su representación, como algo autónomo y autosuficiente. Sabía que la realidad verbal no se comporta como la obra, salvo que se la manipule y transforme literariamente para asegurar la indispensable verosimilitud. En esa hábil transformación está su sello personal.

Es revelador que en la última porción de su obra se produzca una singular convergencia de su nuevo arte narrativo con el lenguaje cuestionador del ensayo, que ha otorgado a su ficción un carácter más reflexivo que activo. De este modo, el novelista, el ensayista y el reportero de la actualidad mundial confluyen armónicamente en la inacabable búsqueda de respuestas a las grandes cuestiones que supone encarar la realidad; es el permanente rasgo de su imaginación, empeñada en soñar con mundo mejor. Su nueva novela, “El sueño del celta”, es una verdadera obra maestra que confirma la vocación universal de su creación: es una vasta reconstrucción y denuncia del colonialismo en la época de la explotación del caucho a comienzos del siglo XX, que nos lleva del Congo a la región amazónica del Putumayo, siguiendo la increíble vida de Roger Casement, luchador por la independencia de Irlanda y amigo del célebre Joseph Conrad.